

LA INTERPRETACION DE LA LEYENDA DE TARTESSOS, SEGUN ALMAGRO BASCH

P O R

NURIA SUREDA CARRION

*«En cuanto a nosotros, se nos habrá de perdonar
si alguna vez nos vemos obligados a contradecir
a aquellos a quienes seguimos principalmente en lo demás»*

ESTRABON (I 2,1)

En un reciente trabajo, Almagro Basch (1) plantea de nuevo la antigua valoración de los datos conocidos sobre la mítica Tartessos tan misteriosamente desaparecida. Intenta documentar esta leyenda interpretando los restos materiales, pues, en su opinión, *«son los únicos que nos hablan objetivamente de esa realidad histórica que buscamos iluminar y comprender»*.

La gran autoridad de Almagro y su excelente conocimiento de la arqueología, convertirán su punto de vista en *dogma* fácilmente adoptado por los que se limitan a repetir rutinariamente lo que dicen las autoridades consagradas. En consecuencia, me parece importante puntualizar algunas cuestiones —que requieren un profundo análisis— si no queremos aceptar *a priori* «dogmas sobre cosas dudosas» (según sus propias palabras).

(1) M. ALMAGRO BASCH: «La interpretación de la leyenda de Tartessos según los documentos arqueológicos», Rev. Universidad Complutense, Madrid, 1981, 1.



Martín Almagro divide su trabajo en tres partes —que resumiré y comentaré a continuación— tituladas: Planteamiento de la cuestión, Los datos arqueológicos y Hacia una valoración de las leyendas sobre Tartessos.

PLANTEAMIENTO DE LA CUESTION

Se refiere a *«la inacabable discusión de los textos escritos de la Antigüedad»* que hacen referencia a Tartessos y su legendario reino, con sus míticos reyes, que *«en realidad sólo ha servido para su amplia divulgación y permanente interés»*.

Según Almagro, *«las eruditas discusiones sobre estos textos»* y tantas *«hipótesis contradictorias basadas en las mismas fuentes»*, han hecho que se dude de esa realidad de Tartessos que concretaron *«los atractivos escritos de Schulten y sus seguidores a base de interpretar subjetivamente los textos escritos de los antiguos»*, sobre todo el poema *«Ora Marítima»* de Avieno del que *«Schulten nos dejó una elaboración ciertamente muy erudita pero subjetiva»*.

Por las propias referencias de Avieno, reconoce Almagro que *«se puede asegurar que utilizó fuentes antiguas, pero siempre se podrá discutir cuáles fueron y no es seguro que podamos ir más allá»*. Pone como ejemplo el caso de Ampurias —cuya fundación, Schulten respaldado por Bosch Gimpera suponía posterior al periplo de Avieno —en una época en que *«se ofrecían como cosa ya segura hechos y fechas ms que discutibles de la más antigua historia de España. Esta visión histórica circulaba entonces y aún circula a veces como si fuera cosa objetivamente casi probada»*.

Indica en una nota, que sus excavaciones de Ampurias le permitieron rechazar por *«demasiado atrevidas y llenas de fatuidad algunas interpretaciones que se han dado con tono dogmático francamente anticientífico»*. Como es lógico y normal ante el descubrimiento de nuevos datos materiales —sucede igualmente cada vez que aumentan los conocimientos— gracias a sus excavaciones, Almagro logró superar tesis históricas mantenidas hasta aquel momento sobre la fecha de la fundación de Ampurias.

En su planteamiento del tema, señala que ninguna de las actuales interpretaciones de los textos escritos *«aleja nuestras dudas de si Tartessos fue la capital legendaria de un reino poderoso y feliz, además del nombre de un gran río; si está en el Coto de Doñana, en la desembocadura del Guadalquivir, o en tierras de la ría onubense; en el valle del Guadalete, hacia Jerez de la Frontera, o en la misma Sevilla si se quiere»*.



Indica que *«cuando un tema se discute tanto es que no está clara su solución»*, por lo que propone seguir *«un camino diferente»*.

¿Qué camino nos propone? Cree que *«para aproximarse a ofrecer una exposición objetiva de la realidad histórica sobre Tartessos debemos apartarnos de dar vueltas y más vueltas a la interpretación siempre subjetiva de los textos»* y documentar estas etapas de nuestra historia con la investigación arqueológica, cuyos datos *«son los únicos que nos hablan objetivamente de esa realidad histórica»*.

Considera Almagro una prueba de lo que dice, el que *«todas las referencias bíblicas, a pesar de haber sido tantas veces comentadas, hoy resultan más que discutibles y más bien se cree que el país de Tarshish citado en la Biblia estaba hacia la India y no en España»*. Lo mismo que se han rechazado las referencias bíblicas a nuestros Tartessos —(que tienen tanta base, o más que la opinión contraria, aunque Almagro no quiera reconocerlo)— ha ocurrido con la inscripción asiria de Assarhadon (678-668), los autores modernos *«por el contexto en el cual aparece, sostienen se debe pensar sea una referencia a Tarsus en la Cilicia»*.

En consecuencia, según Almagro —a pesar de usar términos tan dudosos, como *«más bien se cree» «se debe pensar»* que ocultan otras posibilidades— nada tienen que ver con la Tartessos hispana los textos citados *«ni alguna otra dudosa referencia utilizada»*, por ejemplo, la inscripción de tiempos de Sargón de Akkad que alude a la *«tierra del estaño»* identificada por Schulten con la ibérica Tartessos.

Respecto a los textos griegos y latinos *«donde se han basado cuantas hipótesis se han elaborado sobre la realidad histórica de Tartessos»*, dice que en ellos *«se dan referencias sobre la existencia legendaria y grandemente confusa a esta ciudad que podría situarse cronológicamente en la primera mitad del último milenio antes de Cristo, aproximadamente entre el año 1000 y el 500. La describen como una ciudad, capital de un antiguo reino más o menos extenso, situado en la región de Andalucía occidental, desde luego rico y con una cultura, leyes y monarcas que pasaban por legendarios entre los geógrafos e historiadores de la Antigüedad y que realmente reflejan mitos fundacionales semejantes a los de otros Estados del Mediterráneo oriental, mitos que pensamos hoy llegarían como un elemento cultural orientalizante hasta este lejano Occidente»*.

Resumiendo la enorme tarea realizada por filólogos y eruditos, Almagro ha llegado a la conclusión de que *«sólo la investigación arqueológica nos aclarará la realidad de este mito, pues los textos escritos, tan comen-*



tados como confusos, nada objetivamente nos enseñarán, y nunca nos aclararán el problema de Tartessos las discusiones consagradas a interpretar la escasa luz que arrojan. Por ese camino en realidad sólo nos llegará más confusión que claridad, pues todas estas fuentes han sido bien estudiadas y agotadoramente comentadas».

Consecuente con tales criterios, en este trabajo, Almagro no se refiere a las fuentes escritas sobre Tartessos en su exposición: orienta su síntesis y consagra las páginas que siguen —que comentaré más adelante «a intentar ofrecer una visión objetiva de los documentos arqueológicos que van apareciendo en el SO. de la Península y que deben relacionarse con los textos escritos de los antiguos referentes a Tartessos». Su deseo es ofrecer «la luz que estos documentos arqueológicos aportan al esclarecimiento objetivo de esos discutidos textos sobre la legendaria ciudad y reino tartésicos y su cultura». Estas palabras cierran el «planteamiento de la cuestión» ofrecido por Almagro.

En conjunto, como hemos visto, el planteamiento de la cuestión de Tartessos por Almagro, se reduce a un alegato contra los textos escritos manifestando opiniones y criterios dudosos en tono «un tanto dogmático», y en consecuencia, anticientífico: da como «cosa científicamente segura y bien probada» la situación de Tartessos en el oeste de nuestra Península y su cronología entre el 1000 y 500 a. de C., a pesar de que ambas suposiciones —muy subjetivas— son todavía muy discutibles si reflexionamos un poco:

1.º Es evidente que «si no está clara la solución» sobre la situación de Tartessos —como él mismo dice— es imposible que nos den la luz deseada unos datos materiales que ni siquiera sabemos si son tartésicos al prescindir de las fuentes escritas.

2.º ¿Por qué razón histórica sólo nos ofrecen una visión objetiva de Tartessos los datos materiales descubiertos en Andalucía occidental? Fuentes solventes, como Polibio (III 24,4) —además de Avieno— extienden el territorio tartésico hasta el sureste de la Península: ¿Por qué motivo sólo deben relacionarse con Tartessos los documentos arqueológicos del SO. de España? ¿Acaso no es culturalmente tartésica —según las fuentes— la extensa zona comprendida entre Almería y Murcia? ¿Qué criterio de objetividad utiliza Almagro para delimitar el mundo tartésico según las fuentes escritas? ¿Es objetivo suprimir fuentes solventes cuando no encajan en nuestras suposiciones?

3.º El inconveniente gravísimo que ofrecen los datos materiales tan objetivos en sí mismos para documentar nuestra historia, es que tienen



que pasar a través de la interpretación *siempre subjetiva* de los arqueólogos para introducirlos en un contexto *histórico*. Además, los textos escritos, al menos, ofrecen unos límites que no se pueden traspasar *científicamente* —aunque el rigor y la cautela está ausente de múltiples obras actuales— en cambio, las *interpretaciones* puramente arqueológicas no tienen ningún límite y expresan siempre lo que uno desea.

4.º Intenté demostrar en mi obra (2) que los textos no han sido bien estudiados todavía, y en el caso de conocerlos bien, no han sido interpretados adecuadamente a pesar de lo que expresan con toda *evidencia* los datos materiales descubiertos por la Arqueología en el sureste, confirmando las fuentes escritas. Hasta hoy, sólo ha sido rebatida mi aportación con la interpretación *subjetiva* de la arqueología murciana, lo que demuestra que los argumentos *históricos* presentan mayores dificultades para negarlos.

Hay que tener en cuenta, que sólo si conseguimos situar Tartessos en *su tiempo* y en *su espacio*, será correcta la interpretación histórica obtenida con el estudio de los datos materiales —tan objetivos en sí mismos— que nos proporcionan las excavaciones.

Las fuentes arqueológicas, aunque sean tratadas con gran rigor científico —lo que no sucede con la frecuencia deseada— siempre son *insuficientes* para una correcta interpretación histórica si no está basada principalmente en las fuentes escritas: es decir, la arqueología podrá *confirmar* los textos, pero no pretendamos utilizarla acientíficamente como *única base histórica*, pues, «sin la colecta de fuentes no puede hablarse en serio de historia», como dice Tuñón de Lara (3).

Aunque Almagro no alude a ello en su planteamiento de la cuestión, los investigadores actuales difieren en cuanto a la extensión de este reino misterioso llamado Tartessos:

1.º Los que tienen en cuenta *casi* todas las fuentes, como Blázquez (4) —que sólo silencia la mención de Avieno— suponen que se extendió desde Sierra Morena hasta la costa meridional, y desde el Atlántico hasta Mastia-Tarseion (citada por Polibio) en las proximidades de Cartagena.

(2) N. SUREDA CARRION: «Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular», Publicaciones Universidad de Murcia, 1979.

(3) TUÑÓN DE LARA: «Historia de España», ed. Labor, Barcelona, 1980, t. I, prólogo.

(4) J. M. BLÁZQUEZ: «El Dorado de Occidente», Rev. *Historia* 16, núm. 47, marzo, 1980.



2.º El profesor Tarradell (5) limita la zona tartésica al «litoral meridional hispánico» en sentido bastante restringido, «desde el área del Guadalquivir a la zona de Huelva». Es decir, prescinde de lo que dice Polibio a pesar de que es una fuente solvente, y con mayor motivo de los datos que nos proporciona Avieno que consultó fuentes púnicas —lo dice él mismo— y nos transmite un antiguo rotero marítimo.

3.º Otros especialistas (6) afirman que Tartessos «abarcaba casi la totalidad de la parte Sur de la Península, aproximadamente desde Almería a Lisboa», prescindiendo también de los datos proporcionados por Polibio y Avieno —al que sólo utilizan cuando les conviene— y dejando marginado, como siempre, el sureste.

4.º Recientemente, F. Parreu y Alasá ha resucitado en su libro «Tartessos-Tyrichae-Tortosa», la antigua teoría defendida desde el siglo XVI sobre la identificación de Tortosa con Tartessos basada en razones filológicas. Por mi parte, considero más lógica esta tesis, que las de los que sitúan Tartessos en el oeste peninsular: al menos, Tortosa resulta más accesible desde la antigua vía marítima griega.

5.º Como hemos visto, también Almagro Basch prescinde de los datos que nos proporciona una fuente de tanta importancia como Polibio al citar Mastia de Tarsis en el tratado romano-cartaginés del 348 a. de C., y limita el mundo tartésico a «la región de Andalucía occidental» sin tener en cuenta que Avieno señala el *límite final* cerca de Alicante. ¿Qué datos utiliza? Datos arqueológicos interpretados siempre subjetivamente como veremos, y silenciando hipótesis actuales que no encajan en sus ideas preconcebidas.

El conjunto de investigadores actuales, igual que Ana M.ª Muñoz de Amilibia (7), siguen las directrices citadas, con ligeras variantes que no vale la pena detallar.

6.º Por último, como sabe muy bien Almagro, mi hipótesis incluye en el reino de Tartessos —según las fuentes conocidas— aproximadamente, desde el norte de Alicante «terminus» (Avieno, Ora Mar. 462) o límite de los tartesios más allá de la desembocadura del Segura, hasta el lugar donde la vertiente oriental de Sierra Nevada se descuelga abrupta hacia

(5) M. TARRADELL Y J. MANGAS: «Historia de España», dirigido por Tuñón, obra cit., pág. 130.

(6) GACETA ILUSTRADA, núm. 1278: «Descubrimos Tartessos», exclusiva mundial, 5 de abril de 1981, pág. 33.

(7) ANA M.ª MUÑOZ AMILIBIA: «Prólogo al libro de Nuria Sureda sobre Tartessos», en mi obra publicada por la Universidad de Murcia, ya citada.



el mar: en esa época los accidentes geográficos debían ser la divisoria más efectiva.

Para mí el río Tartessos sería el Segura —llamado Teodorus por Avieno y Tader por los romanos— que todavía en época árabe era considerado «un brazo del río de Sevilla», es decir, del Betis: este antiguo concepto explica que en época tardía el río Tartessos-Segura se confundiera con el Guadalquivir, ya que ambos debían considerarse un mismo río.

Estudiando las fuentes escritas el antiguo «saltus Tartessorum» la «región selvosa» de Estrabon —la Oróspeda de bizantinos y godos— y el litoral tartesio se perfilan más claramente, conservando todavía los límites *geográficos naturales* de la Turdetania en la antigua *cora* o reino de *Tudmir* bajo los musulmanes, época en que sus linderos venían a rematar por unos despoblados en el río Júcar.

Tal variedad de criterios sobre la extensión de Tartessos, demuestran que no lograremos progresar si nos limitamos a suprimir fuentes solventes que contradicen nuestras suposiciones. Las fuentes sobre Tartessos no son vagas e inseguras, como afirman ciertos autores, la inseguridad radica en nuestra visión personal, sujeta a una serie de ideas preconcebidas que refuerzan nuestra subjetividad y nos impiden juzgar las fuentes antiguas con total objetividad. Vamos a ver lo que Almagro aporta objetivamente para documentar arqueológicamente la época del mítico reino de Tartessos.

LOS HALLAZGOS ARQUEOLOGICOS

Estudia los siglos anteriores más inmediatos a la época «representada por la llegada de los asentamientos orientales» —las grandes sepulturas megalíticas, el horizonte cultural Atalaya-Aracena sincrónico a la fase más tardía de la cultura de El Argar, y la facies cultural posterior que le sucedió, que heredó el área y muchos de sus elementos culturales «y que llamaremos *tartésica*», dice.

Observa que hacia 800 a. de Jesucristo en toda Andalucía se hacen presentes «*las corrientes indoeuropeas*», y poco después «*ya se ve dominando esta región nuevas gentes que hemos llamado celtas*».

Las estelas decoradas son propias de los personajes importantes de aquellos pueblos, «*en ellas se refleja con gran rudeza artística un variado utillaje de carácter mixto, al lado de objetos de origen oriental, otros son claramente indígenas*».

En opinión de Almagro «*es muy instructiva la visión que de la cultura*



tartésica nos ofrecen sus típicas cerámicas», que son, «por su variedad y riqueza, un claro exponente de la vitalidad cultural del área tartésica en la etapa final de su formación». Cerámicas a mano, «indígenas con toda seguridad», y otras a torno entre las cuales establece ciertas divisiones:

1.º *Las importaciones orientales, seguramente las menos en número;*
 2.º *«Los productos coloniales de las factorías fenicias costeras»* derivados de los anteriores; y 3.º *«Las imitaciones indígenas que dieron lugar a la cerámica ibérica pintada, a la cerámica «ibérica de barniz rojo» y a las cerámicas ibéricas grises».*

A continuación, Almagro estudia las fíbulas, broches de cinturón, asadores de bronce, espadas, cascos de bronce, hachas planas de bronce y de hierro con apéndices laterales *«ambas de claro origen oriental»,* puñales, etc., y alude ligeramente a la escritura silábica *«que llamamos tartésica».*

Sobre la organización urbana señala que *«todavía no se ha excavado científicamente ningún poblado de esta época tartésica y una organización urbana intensa no está aún probada para respaldar los textos escritos»:* en su opinión, lo hallado en nada se puede comparar a una extensa y rica ciudad.

Sin embargo, supone que *«desde el Bronce Antiguo la vida urbana se hallaba ya en claro proceso de desarrollo»* y no debió interrumpirse su evolución. Ofreciéndonos una visión objetiva de los documentos arqueológicos, cree que *«se pudo llegar a crear centros urbanos de importancia, aún por descubrir, a lo largo de la primera mitad del último milenio»:* afirma que *«así lo debemos admitir —(¿basándonos en datos arqueológicos, en las fuentes o en su propia palabra?— por los elementos culturales que nos ofrecen los hallazgos, propios de culturas ya urbanas, de los que uno de ellos muy significativo es la escritura y otro los mitos legendarios sobre los reyes de Tartessos».*

Cuál era el *«carácter étnico de los tartesios»* lo deduce sólo del análisis arqueológico y resalta *«su marcado origen indoeuropeo, o sea, eso que llamamos céltico»* —sin aludir a las fuentes que los llaman «iberos»— pues las manifestaciones culturales están emparentadas con los invasores de los campos de urnas y de túmulos del Bronce Final del centro de Europa *«que transformaron la etnia hispana con sus sucesivas penetraciones».* Señala que el nombre de Argantonios, *«es céltico».*

Según Almagro, *«sin interrupción en la cultura de la región tartésica, aparecerá la llamada cultura turdetana con sus grandes ciudades y su*



arte personal ibérico que sabemos estaba ya formado antes del siglo V a. de C.» El cuadro cultural de los siglos siguientes al V, es «una época no mejor conocida, pero que ofrece ya las grandes ciudades y ricos ré-gulos turdetanos que aparecen en las fuentes escritas».

Es decir, «grandes ciudades y ricos ré-gulos» de Andalucía occidental cuya existencia *no confirman* los datos arqueológicos y es necesario basarse en los textos para suponerlo. Es muy instructiva la *decadencia* que en época *turdetana* observó Carriazo con sus excavaciones del famo-so poblado del Carambolo (Sevilla).

Tras los fenicios, dice Almagro, llegaron los griegos «que se hacen presentes con menos fuerza», y expone «los resultados de los documentos de procedencia fenicia en su mayoría y también griega en menor número».

Señala que «sólo tres raros objetos» son anteriores al siglo VIII a. de C.: 1.º «el cilindro-sello de Vélez-Málaga», el más antiguo, que puede fecharse «en la primera mitad del siglo XIV a. de C., pero pudo llegar como una perduración en época posterior»; 2.º «un ancla de plomo hallada en la costa de Cartagena», con signos, «algunos estragiros, muy arcaicos» que Solá Solé ha datado «por lo menos en el siglo IX a. de C.»; 3.º «el escarabeo hallado en Lixus con el sello de Amenofis III» que Lelant y Picard «han datado en el siglo X en la XIII dinastía, rechazando la fecha de Tarradell y Cintas que lo dataron en el siglo VI a. de C.».

Menciona la serie de datos descubiertos: vasos canopos de Almuñécar, plaquita egipcizante de Churriana cerca de Málaga, escultura de bronce «egipcia» hallada en Menorca, y otros dos bronce egipcios, uno «proce-dente de Villaricos» y el otro «de la región de Jaén»; la Astarté del Museo de Sevilla «bastante egipcizante» y el «Bronce Carriazo»; la estatuilla de bronce con mascarilla de oro procedente de Cádiz «egipcia o al menos muy egipcizante»; la serie de bronce procedentes de Cástulo y otros bronce votivos.

Opina que la aparición de estas esculturillas, inspiradas en creaciones sirio-hititas, unidas a las obras de arte egipcio, sirio y fenicio «nos ase-guran que los iberos, antes de ver las obras menores de la toréutica y del arte griego, pudieron inspirarse en estos productos del arte egipcio y del arte fenicio-sirio que en la Península Ibérica, al menos en un siglo, precedieron a los productos griegos».

Resalta Almagro sobre los bronce citados que «llamar tartésicos a estos bronce y otros —los thymateria de bronce, los braseros y los jarros con asas sujetas con una palmeta— como si todos fueran creaciones indi-



genas nos parece fomentar confusiones», cree que hay que distinguir entre las piezas importadas y las procedentes de «un taller de bronceístas indígenas en el siglo VI a. de C. en la zona periférica de la Baja Andalucía, al que pertenecerían los thymateria de Safara y sus paralelos».

Ofrece como ejemplo, el hecho de que, al estudiar los braseros de bronce con asas en forma extendida, Emeterio Cuadrado «*vió que había unos importados que son los llamados tartésicos por muchos autores, y otros ya ibéricos, que se extendieron por la zona levantina y que él creyó se pudieran falsificar en las colonias griegas del Levante entre el siglo IV y el II a. de C. Es más lógico pensar que sean fruto en nuestro Levante de estas corrientes orientalizantes que antes de llegar a establecerse los griegos vemos presentes allí*».

La rica orfebrería y la serie de «tesoros» del Carambolo, la Aliseda, así como los de Sines y Beirão en Portugal, según Almagro «*se vienen denominando tartésicas erróneamente*», en su opinión «*han sido importados de Oriente o fabricados en talleres fenicios de Cádiz*», pero directamente derivados de las corrientes creadoras del llamado periodo orientalizante, al igual que los marfiles.

Sobre las primeras importaciones griegas, cita las de la costa mediterránea «*con hallazgos protocorintios*». Más allá del Estrecho, sólo aparece un oinochoe en Cadiz (siglo VII) y dos cascos corintios, uno del río Guadalete (siglo VII) y otro de la ría de Huelva (siglo VI). En consecuencia, supone que «*el elemento griego vino a España más tarde y más débil*» y que fue en los productos orientales «*en los que se inspiró la cultura ibérico-tartésica hasta desembocar poco a poco en la cultura ibérica turdetana*» (7 bis).

La «*mejor prueba*» de lo que dice la obtiene precisamente —¡qué casualidad!— en el hallazgo del monumento de Pozo Moro (Albacete) que «*viene a probar que la cultura ibérica estaba ya formada en el siglo VI a. de C.*», debiéndose buscar el origen «*para la escultura en piedra al menos, en el arte neohitita, llegando sus influencias a través de fenicios y sirios*».

(7 bis) Se pueden añadir los nuevos descubrimientos de Huelva: cerámica ática de principios del s. VI, un skyphos y el fragmento de una olpe de Klitias (?). Datos proporcionados por la reciente obra de: A. BLANCO FREIJEIRO y BENO ROTHENBERG: *Exploración arqueometalúrgica de Huelva*, Ed. Labor, Barcelona, 1981, pág. 114.



HACIA UNA VALORACION DE LAS LEYENDAS DE TARTESSOS

En la última parte, Almagro se limita a insistir en la diferenciación entre la «cultura peculiar indígena, realmente tartésica de aquella época» y todo ese mundo orientalizante que aportan los hallazgos y que reflejan dos culturas distintas: «la indígena y la fenicia orientalizante». Termina diciendo que cree «haber interpretado con justeza» la dirección «de la cual no ha de venir la luz que aclare los escritos confusos de los geógrafos e historiadores de la antigüedad».

Hay que reconocer que la dirección que nos señala Almagro únicamente nos permite apreciar mejor los datos materiales obtenidos —si no se ha colado algún error como introducir a Amenofis III en la dinastía XIII— pero que de ellos venga «la luz que nos aclare los escritos confusos» sobre Tartessos, será difícil limitándose a estudiar datos arqueológicos de peso incierto: lo demuestran las variadas opiniones —siempre subjetivas— sobre qué tipo de elementos «deben llamarse tartésicos». Que Almagro suponga que braseros y thymateria, por poner un ejemplo, no deben llamarse «tartésicos» es simplemente una opinión tan válida actualmente como la contraria que defiende Blanco Freijeiro.

La misma variedad de opiniones ofrece la valoración de la cultura ibérica en sus manifestaciones artísticas; es evidente que, como dice Maluquer (8) —en su magnífico trabajo sobre la cultura ibérica— «estamos aún muy lejos de haber captado en su verdadera dimensión el mundo ibérico»: opina que «resulta infantil atribuir a unos u otros (fenicios o griegos) el monopolio de la formación de una cultura que conocemos como ibérica».

El monumento de Pozo Moro demuestra con toda evidencia que la cultura ibérica estaba plenamente formada el siglo VI a. de C. en el sureste; pero difícilmente podemos suponer con objetividad que en la Baja Andalucía estuviera igualmente formada, pues «los niveles más altos en toda cultura no se alcanzan necesariamente en toda el área de su extensión ni en un solo momento», señala con acierto Maluquer; para él, también presenta ciertas dudas el mecanismo de transmisión por los fenicios ya que en ese caso no se explica que ni en la propia metrópoli fenicia ni en ninguna de sus colonias existan monumentos análogos; si se trata de un arte fenicio ¿cómo se explica que aparezca en

(8) J. MALUQUER DE MOTES: «Problemática histórica de la cultura ibérica», Ponencia del XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia-Cartagena, 1982, pág. 41.



Pozo Moro uno de los puntos más alejados de Cádiz y en una ruta económica preferentemente griega desde el s. VI? pregunta Maluquer. Afirma que una transmisión al Occidente a cargo de carios, rodios o focenses tiene las mismas posibilidades que la transmisión fenicia directa. Tampoco debemos olvidar la fama que tenían los jonios como canteros: en la inscripción de Susa, Darío dice que los canteros que habían trabajado eran *jonios y sardios*.

Es cierto que Herodoto (I, 163) dice que «los *foceos*» son los *primeros griegos* que hicieron largos viajes por mar «descubriendo el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartessos» —establece una curiosa separación entre Iberia y Tartessos— sin embargo, la afirmación de Herodoto recobra todo su sentido, si identificamos los primeros exploradores «foceos» con los *jonios* (que pudieron aportar el sufijo —ssós de origen prehelénico): el propio Herodoto (I, 46) mezcla con ellos «a los *focenses*» y otras muchas naciones «*que con los jonios se confundieron*».

En la construcción del monumento de Pozo Moro pudieron participar varias ciudades griegas, como en Naucratis (Herodoto II, 178) construyeron «el Helénico», en tiempos de Amasis: entre las ciudades que llama «jonias» incluye Focea.

Respecto a la vinculación del monumento de Pozo Moro al arte neo-hitita ¿cómo puede explicarse su época tardía (siglo V) cuando en su centro más conocido había desaparecido hacía más de tres siglos?, pregunta Maluquer. En realidad, se trata del mismo problema que presenta en conjunto toda la cultura ibérica como veremos al hablar de sus cerámicas.

Según Maluquer, en el pueblo ibérico, la escultura «es una necesidad derivada de una exigencia de expresión», por lo tanto, cree que su mecanismo de «transmisión por un pueblo como el *fenicio* que nunca la utilizó como una necesidad de expresión, no deja de ser anómalo» pues esta necesidad está más vinculada al mundo griego que al púnico.

¿No era con Tartessos que comerciaban los griegos? ¿Por qué son tan escasas las influencias griegas en el área estudiada por Almagro? En cambio, el sureste aparece desde el primer momento «fuertemente *helénizado*».

En opinión de Almagro, un hallazgo propio de culturas urbanas «muy significativo» es la *escritura*, el otro, son los *mitos*. La escritura se documenta entre los iberos desde el siglo V a. de C., según la cronología actual de la cultura ibérica: en Pozo Moro se reflejan los mitos —las



andanzas de Heracles— desde el siglo V como mínimo; sí la cronología es segura, ya que aparece cerámica griega de «figuras negras», técnica anterior a la llamada «de figuras rojas» que hacia el 530 a. de C. desarrolla el pintor ático (9).

Precisamente, a medida que la investigación de la cultura ibérica se intensifica tenemos mayor seguridad de que el mundo ibérico poseía una *rica mitología*, según Maluquer. El monumento de Pozo Moro es una *confirmación material* de la tradición oral contenida en los mitos: es decir, no hay que basarse sólo en las fuentes escritas para suponer que el pueblo «celta» poseía una rica mitología, tenemos datos *objetivos* —de esos que tanto le gustan a Almagro— que lo confirman demostrando cuánta razón tienen los autores antiguos al incluir al pueblo ibérico en el mundo tartésico.

Es muy curioso que la fecha más antigua de las navegaciones *fenicias*, la proporcione el ancla de plomo hallada en Cartagena; además, ya son tres las anclas aparecidas en estas costas con inscripciones «sumamente arcaicas». Por consiguiente, de los cinco elementos más antiguos, cuatro pertenecen al sureste, confirmando que «las corrientes orientales», como es lógico —se demuestra en todas las etapas de nuestra historia— penetraban en primer lugar por la parte oriental de la Península.

Si, como dice Almagro, «es muy instructiva la visión que de la cultura tartésica nos ofrecen sus cerámicas», la misma variedad y riqueza aún mayor, «exponente de la vitalidad cultural tartésica», aparece en el sureste incluido por las fuentes en el mundo tartésico. Lo mismo se puede decir de las fíbulas, broches de cinturón, etc.

El mundo ibérico en sentido estricto, es todavía *campo abierto* a la investigación, que nos deparará muchas sorpresas el día —¡aún lejano!— en que se produzca una *revisión crítica* de los textos, y se establezcan cronologías más firmes. Por ejemplo, señala Pierre Cintas (10) que en España, en el siglo IV a. de C., se observan sobre formas perfectamente *ibéricas*, decoraciones *rodio-cretenses* por lo menos *tres siglos más antiguas* que las ibéricas: es decir, el mismo *desfase* que ofrece el monumento de Pozo Moro, no es extraño que Bosch Gimpera propusiera una *revisión* de la cronología de la cerámica ibérica.

(9) J. BOARDMAN: «Los griegos en ultramar», Alianza Universidad, Madrid, 1975, pág. 24.

(10) P. CINTAS: «Manuel d'archéologie punique», ed. A. et J. Picard, París, 1970, tomo I, pág. 392.



Voy a poner algunos ejemplos sobre el sistema utilizado actualmente para fechar la cerámica del sureste:

1.º TIPOS TARTESICOS.—La cerámica que llaman «tipos tartésicos» en el área meridional se fecha entre los siglos VII-VI a. de C., pues bien, según Lillo Carpio (11) se ven reflejadas «en las cerámicas ibéricas murcianas de los siglos V y IV» ¡Nada menos que dos siglos más tarde! ¿Por qué motivo *histórico*?

2.º CERAMICA PINTADA EN BLANCO.—Tiene un origen minorasiático del que los focenses serían los difusores, y en Ullastret (Gerona) su cronología se sitúa en el siglo VI a. de C.; en cambio, los tipos decorados en bandas blancas en el Sureste, Lillo Carpio (pág. 343) los fecha «entre fines del siglo V y siglo IV a. de C.», sólo exceptúa las cerámicas de Bolbax («finales del siglo VI a. de C.») «porque la cronología viene marcada por un dracma de Lesbos de esta fecha hallado en el área». Es decir, los descubrimientos que no han tenido la suerte de aparecer acompañados de una moneda, descienden un siglo o dos en su cronología.

3.º CERAMICA ESTAMPILLADA.—Para Martín Almagro, las halladas en Ampurias y datadas en los siglos VIII-VII a. C., son de clara influencia focense, anterior a la fundación de la ciudad. Según Lillo Carpio (pág. 347) en el sureste «perviven hasta el siglo III», en consecuencia, la fecha más alta citada es el siglo V, y la mayoría aparecen con tres siglos de diferencia respecto a otras áreas de nuestra propia península.

Creo que los ejemplos son más que suficientes, aunque se pueden añadir, las urnas de orejetas, cantimploras, toneles de cerámica, soportes, vasos de doble cuerpo, morillos, etc. Para encajar adecuadamente en la *historia* las cerámicas del sureste, habría que tener en cuenta que la importación masiva de campaniense A —fabricada en Italia con una cronología que empieza el siglo IV a. de C.— podría corresponder a la época del tratado romano-cartaginés del 348 a. de C. cuyos límites se establecieron en Mastia de Tarsis, dejando el sureste bajo el liderazgo de los griegos aliados de los romanos.

Queda todavía mucho camino que recorrer para superar esa imagen «agrícola y pastoril» que nos ofrecen muy subjetivamente del mundo ibérico. Cuando se hable de «tesoros» no habría que olvidar la vajilla de Abenjibre y el tesoro de Villena —ambos con objetos de uso corriente, no de lujo— y que en Villena se halló el taller de un orfebre; datos más

(11) P. A. LILLO CARPIO: «El poblamiento ibérico en Murcia», Universidad de Murcia, Departamento de Arqueología, Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia, 1931.



objetivos que esos imaginarios «talleres de bronceístas» de la Baja Andalucía.

En la citada obra de Lillo Carpio, parece que su autor pretende demostrar que los poblados ibéricos eran núcleos *agrícolas* exclusivamente. Ahora bien, yo no consigo imaginarme un poblado «eminentemente agrícola» como el de Cobatillas (pág. 96) con actividades «basadas en la minería y la fundición». Ni tampoco un poblado como el de Coimbra del Barranco Ancho (pág. 186) «cuya base económica fué la agrícola» con actividades «metalúrgicas y hornos ex profeso para fundición de metales», y esa *necesidad de expresión* que le indujo a erigir el extraordinario cipo, con esculturas de gran calidad donde aparecen tres guerreros a caballo y un personaje sedente entronizado. Igualmente, en el poblado Castillico de las Peñas (págs. 217-218) cuya economía «debió basarse en los cultivos» el propio autor dice que «la actividad metalúrgica debió ser importante basada en la fabricación de objetos de plomo batido». En el yacimiento de las Cabezuelas, donde «la base agrícola de su desenvolvimiento parece innegable» practicaban «la fusión en pequeña escala, sobre todo, de piezas de bronce de tamaño menor: fíbulas anulares, asas, anillos, planchuelas, etc.». También los antiquísimos «agricultores» de Los Molinicos de Moratalla (pág. 126) se fabricaban ellos solos con *molde* y todo, las fíbulas. ¡Y todos son poblados del interior, lejos de los verdaderos núcleos mineros! Es evidente que, como mínimo, son poblados con *economía mixta*, en los que la riqueza agrícola de la Turdetania también se explotaba a gran ritmo. Poblados que tenían sus propios talleres como demuestran los datos arqueológicos —tan objetivos en sí mismos— sin necesidad de suposiciones gratuitas.

¿QUE SABEMOS DE TARTESSOS SEGUN LAS ULTIMAS INVESTIGACIONES CIENTIFICAS?

Las problemas más graves y más difíciles de solucionar, empiezan al intentar situar Tartessos en el mapa del tiempo: pues, las leyendas transmitidas por autores tardíos, y sus monarcas míticos, hunden sus raíces en la Prehistoria. Los mismos griegos la designaban con un nombre, no griego, sino anterior; el sufijo *ssós* de su nombre nos remonta al segundo milenio antes de Cristo, es decir, a la época de la cultura del Argar como señaló Maluquer. Afirma Ana M.^a Muñoz Amilibia en el prólogo de mi libro, que relacionar los topónimos en *-ssós* con la cultura argárica, le parece «muy problemático en el estado actual de la investigación» pero no aporta ningún argumento en contra de esta posibilidad,



lo que quiere decir, que se trata simplemente de «una idea admitida», según la moda del momento, y sin base científica clara.

Los «tartésios» y sus reyezuelos, son citados todavía en las fuentes que tratan de las primeras luchas de la conquista cartaginesa, lo que quiere decir, que a finales del siglo III o principios del II a. de C. aproximadamente, aún existían pueblos tartésios que vivirían en alguna ciudad o pueblo (es igual).

Tal variedad de datos cronológicos contribuyen a que los investigadores actuales mantengan importantes divergencias:

1.º Algunos, atendiendo a los mitos tartésicos, buscan sus raíces en el tercer milenio antes de Cristo; 2.º Otros, como Almagro, consideran dudosa la identificación de Tartessos con la Tarsis bíblica: opinión que sigue Blanco Freijeiro (12), quien afirma que la civilización tartésica es el resultado de la colonización fenicia y griega, entre los indígenas del mediodía hispánico entre los siglos VIII y V a. de C.; 3.º Por último, otros —como Almagro y Ana M.ª Muñoz Amilibia— afirman que, cronológicamente, debe situarse en el primer milenio y su desaparición el 500 a. C.; 4.º En mi opinión, los textos conservados y el propio nombre de Tartessos contradicen a los que afirman que debe situarse en el primer milenio. Esta contradicción no puede solucionarse *científicamente* suprimiendo la doble s como pretenden algunos (13). Sería más lógico, buscar una cultura cronológicamente adecuada como la que hoy se llama argárica —centrada en el segundo milenio— que es la primera *gran cultura metalúrgica* de la Península en la que se manifiestan *evidentes contactos con el mediterráneo oriental*.

Respecto a la desaparición de Tartessos, todos los autores modernos —menos yo— están de acuerdo en que se produce hacia el siglo V a. de C. Desde Schulten se repite rutinariamente, sin profundizar, la fecha de la desaparición de Tartessos, a pesar de que son varias las fuentes que demuestran su existencia mucho más tarde.

¿Qué sabemos de Tartessos según las fuentes escritas? Actualmente, todos estamos de acuerdo en que un pueblo llamado «tartésio» en los textos escritos, floreció en la Península Ibérica. En cambio, la posible existencia de una ciudad llamada Tartessos —capital del reino del mismo

(12) A. BLANCO FREIJEIRO: «El problema de Tartessos», *Rev. Historia* 16, núm. 47, 1980.

(13) ANA M.ª MUÑOZ AMILIBIA: En el prólogo de mi obra, ya citada, sigue a Carriazo.



nombre— es un problema no resuelto que va unido al concepto que tiene cada cual sobre lo que significa «ciudad» en un momento histórico determinado: está sometido, por tanto, a una serie de discusiones bizantinas.

Prescindiendo de las leyendas recogidas de textos más antiguos, pero transmitidas por autores tardíos, sobre la época mítica, los datos más antiguos hablan de un río Tartessos, un país en el que había varias ciudades o pueblos, un mercado importante que requiere un buen puerto, plata abundante, y un rey ya histórico —gracias a Herodoto— Argantonio, que algunos autores consideran equivocadamente el último rey de Tartessos.

Que Tartessos no había desaparecido hacia el siglo V, lo demuestra Polibio (III, 24,4) al citar *Mastia de Tarsis* —una de las ciudades de Tartessos— como límite del tratado romano-cartaginés del 348 a. de C. y al nombrar a los «tartesios» (Polibio, III, 33,3-5) entre los pueblos trasladados a Africa por Aníbal. Igualmente, Eforo, hacia el 340 a. de C., nombra la «ciudad» de Tartessos —en un momento en que se supone que había desaparecido —y por último, Avieno, autor tardío que recogió sus datos de un antiguo *rotero marítimo*, cita la ciudad, sus murallas, el monte Argentario y el golfo tartesio cerrado por dos cabos.

En tiempos de Estrabon, la existencia de Tartessos ya era sólo un recuerdo, y su territorio se había convertido en la Turdetania. En resumen, hoy se discute la existencia de una ciudad con el nombre de Tartessos y se tiende a creer que se trataba de un país monárquico, con antigua cultura, rico mercado e importantes minas, facilitando la importación y exportación un río importante que actualmente se identifica con Guadalquivir y yo creo que era el Segura, como dije y confirman los descubrimientos arqueológicos.

DATOS ARQUEOLOGICOS QUE CONFIRMAN LOS TEXTOS ESCRITOS

EPOCA MITICA.—1.º Gargoris, mítico rey tartesio, introduce la recolección de la miel, hecho importante que se recoge en una pintura levantina (Cueva de la Araña, Valencia). La leyenda tartésica y la pintura ¿suponen una referencia a dos hechos independientes, o se trata de dos referencias a un mismo hecho histórico?, se pregunta el profesor García-Gallo, quien me indica: en este último caso, habría que suponer que los dos pueblos que la hacen —los curetes tartésicos y los pintores levantinos, éstos con *indiscutible localización geográfica*— son uno mismo o



ramas de uno que conservan la misma tradición. La apicultura en Levante tiene una tradición *confirmada por la arqueología* con hallazgo de castrederas, que se remonta al Mesolítico (Presedo). Y los iberos exportaban miel.

2.º En este mundo mítico tartésico-argárico-mastieno, resulta explicable el sensacional hallazgo del tesoro de Villena —«anterior a la llegada de los fenicios» (Blanco Freijeiro)— que está compuesto por una vajilla de oro y plata y un *cetro real*.

3.º En Pozo Moro están representadas las andanzas de Heracles, reflejando la existencia de antigua y rica mitología.

FUENTES BIBLICAS.—La presencia de las naves de Hiram, se confirma con el descubrimiento de las anclas *fenicias* con inscripciones «sumamente arcaicas».

INSCRIPCION DE ASSARHADON.—Según la visión del propio Almagro, el monumento de Pozo Moro confirmaría los contactos sirio-fenicios en la época de esta inscripción asiria.

CONTACTOS FOCENSES.—El mundo ibérico aparece *juertemente helenizado*, la intensidad de estos contactos lo demuestran con toda evidencia la abundancia de cerámicas griegas en todas las etapas históricas. Por ejemplo, la *importación masiva de campaniense* —procedente del mundo itálico— cuando el liderazgo de los griegos aliados de los romanos es indudable en este área, hasta el 237 a. de C. en que «Amílcar restableció» (Polibio, II, 1,5) el dominio púnico.

MONTE ARGENTARIO DE TARTESSOS.—Actualmente (14) se suele situar «en Cástulo» (Jaén) interpretando mal un texto de Estrabon (III, 10-11). El «mons Argentarius» es citado por Avieno en un *rotero marítimo*: basta leer los Derroteros actuales, para observar que desde el mar, los navegantes difícilmente podían vislumbrar la sierra de Cástulo como punto de referencia marítimo. *Un dato arqueológico* demuestra que tal vez estuvo situado en el Cabezo Negro de Mazarrón —perfectamente visible desde el mar—, son cinco lingotes de minas procedentes de Coto Fortuna (Mazarrón) con la inscripción «*Mont. Argent. Ilucro*», que los arqueólogos, siempre tan subjetivos, traducen «mons ilucronensis» (Blázquez, Milagros Ros, etc.).

(14) MILAGROS ROS: «La cultura ibérica», en *Historia de la Región Murciana*, ed. Mediterráneo, Murcia, 1980, pág. 134.



RICOS REGULOS TARTESIO-TURDETANOS.—Para el profesor Tarradell (15) los *reyes iberos* no eran sino «jefes efímeros» del tipo de los «*aguelid*» en Africa. Sin embargo, entre la constitución política de los iberos no se puede excluir *la realeza*, pues en las fuentes aparecen con frecuencia *reyes*, como señala Presedo (16) precisamente Estrabon (III, 4,5) al hablar de los iberos utiliza la palabra *dynasteia* que los especialistas —buscando términos poco comprometedores— subjetivamente suelen traducir por *group* o «tribus».

Los supuestos reyes efímeros se enterraban en unos monumentos —Elche, Pozo Moro o Jumilla— que muestran en la sociedad ibérica, como dijo Almagro Gorbea (Congreso Arqueológico Murcia-Cartagena, 1982) «una élite social, muy bien jerarquizada». La gran escultura, el cipo funerario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) no parece muy propia de un efímero jefe. En las vasijas ibéricas están representados los miembros «de la corte» (Balil) de estos aristócratas.

En resumen: el mundo ibérico no se valora en toda su dimensión, y su cronología actual es más que dudosa, aceptarla como cosa segura y científicamente probada es lo que impide progresar solucionando un problema tan complejo. Por ejemplo:

1.º Se aceptan viejos tópicos sobre la «*indudable fuerza de los focos metalúrgicos del Noroeste y Suroeste de la Península*» (17), en cambio, la aparición en el Verdolay (Murcia) de «*un molde de fundición de hacha de apéndices laterales*» —en las hachas argáricas ya aparecen ligeros rebordes presagiando la evolución del tipo, según Bosch Gimpera— es «una producción metalúrgica local del bronce, a *pequeña escala*». Como vemos, estas hachas que Almagro supone «de claro origen oriental», en el sureste se fabrican «in situ» en un taller no imaginario.

2.º En el reciente Congreso, el profesor Beltrán indicó que la moneda ibérica «es un fenómeno tardío del siglo III» y que las monedas ibéricas del siglo II utilizan patrón y medida romanos. Pero nadie piensa que influjos romanos —a través de sus aliados griegos— podrían reflejarse en este área con anterioridad a la conquista romana.

(15) M. TARRADELL Y J. MANGAS: Obra citada dirigida por Tufiñ, pág. 136.

(16) Varios autores: «Historia de España Antigua», ed. Cátedra, Madrid, 1980, tomo I, pág. 184-188 y 192.

(17) MILAGROS ROS: «Historia de la Región Murciana», obra citada, pág. 116. Este tipo de hachas se fecha en el Cerro del Real de Galera (Granada), s. IX y VIII a. de C. En la citada obra *Exploración arqueometalúrgica de Huelva* —de gran calidad científica— se refleja el atraso de los mineros de la Andalucía «celta»: aunque se supone que utilizaron utensilios de metal, no está demostrado; persiste el problema de la utili-



CONCLUSIONES

Es evidente que la Arqueología ya ha alcanzado el rango de ciencia, pero no es menos cierto que por *objetivo* que pretenda ser un arqueólogo, su *interpretación* de los datos materiales puede llevar también una enorme carga *subjetiva*: que la subjetividad es una realidad, lo demuestran las diferentes opiniones de los arqueólogos sobre unos mismos hallazgos arqueológicos. Por ejemplo, los que Ana M.^a Muñoz llama en el prólogo de mi libro «*pretendidos elementos de influencia oriental*», para el Dr. Schubart muestran los «*evidentes contactos micénicos*» (18), de la cultura del Argar.

Indudablemente, no se puede llamar «*elementos tartésicos*» *exclusivamente* a los que aparecen en Andalucía occidental reflejando las corrientes orientales que, casualmente, están presentes con mayor fuerza en la zona comprendida entre Almería y Alicante, territorio incluido en el mundo *tartésico* por los *textos escritos*.

El trabajo de Almagro, igual que otros recientemente publicados (19) nos ofrece una versión parcial y limitada de nuestra historia más antigua: presentan una nueva imagen basada especialmente en los datos arqueológicos, pero, desgraciadamente, sin una revisión crítica de los textos que detecte y rechace las abundantes manipulaciones antiguas y modernas. Nos ofrecen viejos tópicos y una versiones históricas (20) que resultan arbitrarias, al pretender imponer como estudio *objetivo* una serie de condicionamientos arqueológicos que frenan el desarrollo del conocimiento

zación de picos de piedra con surco —cuyo uso se inicia en el IV-III milenio «por obra de mineros del Bronce Final y fenicios» (pág. 69). Las minas de la época de las colonizaciones «no acusan progreso tecnológico alguno». Esta exploración ha demostrado que los fenicios no aportaron innovaciones tecnológicas y que su papel se redujo al comercio del metal. En Huelva, donde están las minas más importantes supuestamente *tartésicas*, no aparecen «moldes bivalvos» ni se reflejan otros refinamientos tecnológicos de la Edad del Bronce Tardía, que se observan en el sureste ibérico con una tradición de *larga duración* que alcanza su esplendor en la cultura mastiena del Argar del segundo milenio. Se afirma en dicha obra que la *civilización tartésica*, no fue otra cosa más que la *continuidad* de las herencias megalítica y argárica como sostuvo siempre Gómez Moreno. Ahora bien, de la casualidad de que dicha continuidad se rompe precisamente en Huelva, pues no hay testimonios de explotación de las minas en Argar I y II: suponen que los mineros habían agotado las primeras reservas fácilmente accesibles con rudimentarias herramientas.

(18) M. BENDALA GALAN: «La huella de Grecia», *Historia* 16, núm. 47, obra citada, pág. 90.

(19) A. BLANCO FREIJEIRO y J. VALIENTE: «Historia de España», 1, ed. *Historia* 16, extra abril 1980, y todas las obras anteriormente citadas.

(20) Véase la versión de LILLO CARPIO en la obra citada, sobre el «dominio púnico» a partir del tratado del 348 a. de C., igual a la mantenida por ANA M.^a MUÑOZ DE AMILIBIA en el prólogo de la misma obra.



histórico, al no basarse también, como dice Tuñón, en la suma de saber que contienen los textos escritos. En consecuencia, su empeño de transmitir la historia queda *frustrado*.

Almagro nos presenta la situación de Tartessos como cosa *científicamente segura*, y esta visión histórica, muy subjetiva, circula cual si fuera «cosa objetivamente casi probada», a pesar de basarse en datos dudosos. Es evidente que si no sabemos dónde estuvo Tartessos, tampoco podemos saber lo que manifiestan los datos arqueológicos de la cultura tartésica.

El planteamiento del problema de Tartessos con posibilidades de acierto requiere un profundo estudio de los *textos escritos*: si no suprimimos fuentes solventes, de ellos nos vendrá *la luz* deseada que puede aclarar este viejo enigma. Aunque esta línea de «rudimentaria» *investigación* (sin comillas) «puede llegar a constituir un lastre para la Arqueología —según Amparo García de Lillo (21)—, dicho *lastre* permitirá que la nave arqueológica penetre más profundamente en el río de la historia murciana más antigua, tan superficialmente tratado hasta hoy.

(21) AMPARO GARCIA DE LILLO: «Repertorio de Bibliografía Arqueológica Murciana», Academia Alfonso X el Sabio, Cuadernos Bibliográficos 6, Murcia, 1981, pág. 24.

